

EL AGUIJON.

DESAHOGO QUINCENAL.

REDACCION,
San Nicolás, 11.

ADMINISTRACION,
Trapería, 21.

MURCIA 30 AGOSTO 1872.



REFLEXIONES.

Por fin el pacientísimo pueblo español ha presenciado otra farsa, que se llama lucha electoral, para unirla á la historia de otras tantas ridiculeces como se han verificado desde que Topete se hizo popular.

Las nuevas elecciones no se han diferenciado en nada de las que descubrió el señor del gran tupé, porque la chusma ó los boquerones son hermanos de los calamares, y tanto unos como otros saben donde les aprieta el zapato en materia de pastelería.

Muertes, atropellos, coacciones, apaleamientos, injurias, amenazas y otras cosas

que no decimos, por no ensartar una letanía de arbitrariedades, han sucedido en la ya terminada lucha electoral, para llevar á los escaños del Congreso una compañía de saltimbanquis, que entretengan el tiempo y repartan nuevos empleos á sus amigos.

Han combatido frente á frente los radicales y los republicanos: los demás partidos españoles se han abstenido de emitir su sufragio, unos por dignidad, otros por conveniencia; y aunque los partidarios de D. Amadeo han obtenido mayoría, como le sucede al que manda, su ídolo, el elegido de los 191 siente ya vacilar su *corona de talco*, porque España entera va despertando de su sueño para recobrar otra vez su altivez y su independencia.

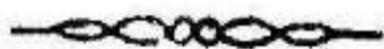
No importa que los radicales continuen en el poder por algunos días, ni que los ya casi antidinásticos calamares volvieran á ocupar su antiguo turrón: es tarde; el extranjero siente ya el silbido de la locomotora que le anuncia su próximo viaje, y los hombres funestos de la revolución ven para siempre perdidas las ilusiones que alimentaban.

Las elecciones han demostrado siempre lo poco simpático del pueblo para con sus

opresores; la traji-comedia que acaba de representarse prueba claramente el desprecio de las personas sensatas hácia el gobierno, y cuando la calma es grande, la tempestad se aproxima, y cuando los partidos callan, ¡ay de los farsantes!

El gran dia de la libertad, de la justicia y del órden se acerca; el sol que lo ilumina quemará con su fuego hasta los últimos restos de la iniquidad setembrina, porque la nacion no puede consentir que se ultrajen los sagrados derechos del ciudadano y del patricio.

España, otras elecciones te faltan.



La Diputacion provincial piensa destituir algunos profesores de la Universidad, poniendo en su lugar á varios jóvenes; muy jóvenes, que si bien no tienen el título de licenciados, son parientes de personas influyentes de la situacion.

Mas de un concejal saltará del municipio antes de las elecciones próximas.

El Sr. Aguilera obtendrá un ascenso en su carrera, yendo de gobernador á Sevilla ó á Valencia.

El clero, á pesar de los ofrecimientos que se le han hecho de abonarle lo que se le adeuda, seguirá viviendo en abril del 70.

«Esto se murmura
y esto se asegura,
no falta quien diga
que esto no es verdad.»



Este ministerio púdrico,
con sus insignias de *ancoras*,
á nuestra Hacienda, algo tísica
vá á dejarla pronto escuálida:
los contribuyentes cándidos
al ver tras de tanta cháchara
que los que fueron teóricos
siguen hoy tan malas prácticas,
esclaman con voces lúgubres:
¡Cáscaras! ¡Cáscaras! ¡Cáscaras!



Bien decia yo que en las elecciones tendríamos mucho que lamentar.

En Cieza, Yecla y Ojós, han cometido barbaridades algunos unionistas y no pocos adictos al gobierno.

Falta de civilizacion.



Un jóven casado ha puesto fin á su existencia dándose un pistoletazo, dejando al lado de su cadáver la siguiente carta:

«Me casé con una viuda que tenia una hija, con la cual casó mi padre, pasando á ser mi padre de este modo hijo mio; en su matrimonio tuvo un hijo, cuyo niño pasó

a ser mi nieto y mi hermano. Yo tuve un hijo en mi matrimonio, que era hermano de mi padre, y por consiguiente tío mio. Mi padre es hijo mio y yo soy padre del hermano de mi padre; y como el padre del padre de uno es abuelo de uno, y yo soy padre de mi padre, ha resultado ser yo abuelo de mí mismo, por lo cual, horrorizado, he puesto fin á mis dias.»



Dicen que el gobernador
pronto tiene que caer;
ni lo siento, ni me alegro.
Requiescat in pace. Amen.



En Cartagena ha principiado á publicarse un inmundo libelo que se titula *El Independiente*.

Su director es *dependiente* del que lo subvenciona:

Se halla en su posicion, *pendiente* de un cabello, por ciertas cosas:

Publica dicho papelucho (el director) por poderle dar algo que rustir al *diente*:

Y, por último, es (siempre el director) un *ente*.

El sensato público cartagenero ha recibido *El Independiente* con el desprecio que merece.



En Calasparra desde las elecciones, y por cuestiones de montes, se pegan los vecinos cada garrotazo que tiembla el *monario*.

Consecuencias del comunismo radical.



Los sastres quieren formar una asociación general de todos los de España.

Para conseguirlo se trata de reunir un Congreso en Madrid que acuerde las bases que lo han de realizar.

El Arte Español, en su último número, y para este objeto, ofrece su desinteresada cooperación á la sástreria nacional, de la que es digno y constante defensor.



Leo en *La Tertulia*:

«De la casa de arrepentidas situada al lado de la en que está La Juventud Católica, y que ambas se comunican, ha salido una arrepentida para el hospital de S. Juan de Dios, con una enfermedad sospechosa.

¡Qué arrepentimiento, qué juventud y qué falta de...»

Alfalfa para el autor del citado suelto, á fin de que no sea mas *escribidor*.

La literatura de este *gracioso* suelto me dá el mismo olor que la de aquellas *verzas* en donde se leía:

Voy al café y después á los paseos á recoger colillas de cigarros.

La distraccion de este poetastro no puede ser mas bonita.

Por supuesto, que si yo perteneciese á La Juventud Católica, lo llevaria á los tribunales,

Vaya si lo llevaria.



Indice de las materias contenidas en el núm. 15 de *La Defensa de la Sociedad*.

Seccion doctrinal.—La Familia (continuacion), por D. Manuel Alonso Martinez.—Bandera de Jerez, por D. Antonio Aparisi y Guijarro.—Nuestro deber ante la Internacional, por D. Patricio Aguirre de Tejada.

Seccion histórica.—Circular del ministro español de la Gobernacion en contra de la Internacional.—Circular del ministro de Estado español á los gobiernos extranjeros acerca de la Internacional.—Contestacion del ministro inglés de Negocios Extranjeros á la circular del gobierno español sobre la Internacional.

Crónica y variedades.—Advertencia sobre «La Lectura de los Pobres».—Inauguracion de la asociacion «La Defensa de la Sociedad» en Lorca.—El capital.



La feria ya la tenemos encima con sus trompetas, tambores, juguetes, cabeza parlante, niña gorda, guerra franco-prusiana, teatro mecánico, caballos, toros, músicas, paseos, forasteros y forasteras.

En otras capitales ofreciendo menos atractivos sus ferias, se les dá mucho bombo, y los ayuntamientos reparten con profusion elegantes programas que son reproducidos por todos los periódicos; pero aquí ¡*quia!* los concejales no saben hacer otra cosa que sacar licencias de varias clases gratis y presidir los espectáculos.

¡Ah! miento, que sé de uno que hace *crochet* y de otro que limpia los suelos de su casa con aceite de linaza.



El marqués de Sardeal ha venido á esta ciudad á dar las gracias á sus electores.

Al presentarle el gobernador á uno de los hombres mas importantes (se entiende si los hay) del radicalismo, cuentan que el *alcalde-oso* le dió algunos consejos para el mejor desempeño de su *difícil* cargo, á lo que contestó aturullado, pero en alta voz:

—Gracias.

Y por *bajini*:

*¡Ay! todos, todos me dan consejos,
pero ninguno me dá dinero.*

Pobrecillo, te compadezco!



A Asuncion.

Movido por la emocion
que mi dulce inquietud labra,
voy á cumplir mi palabra,
escribiéndote, Asuncion.

Y el *tú* perdona, porque
en esto de la poesía,
ni á Dios ni á Santa Maria
acostumbro hablar de *usted*.

No te hablo, en esta inoportuna
ocasion, de mi salud,
porque, en mi extraña inquietud,
no tengo salud ninguna.

Tú, con los ojos que el cielo
puso en tu cara morena,
negros, cual negra es la pena
que siento en mi desconsuelo;

Tú, con la dulce sonrisa,
de tus lábios, semejantes
á las rosas mas fragantes
que besa en su amor la brisa;

Tú, me robaste la calma
que ya perdida, deploro;
porque era el rico tesoro
que mas estimaba el alma.

¡Quién, pues, mi tierna pasion
sabrá, cual tú conocer!...

¡Tú que tambien sabes leer
del hombre en el corazon!

Ni ¡á qué hablarte de mi calma,
ni de lo que en mi alma cabe,
si tú ya tienes la llave
de cuanto cabé en mi alma!....

Tú, de mi ser los arcanos
puedes, al fin, comprender;
por que, al fin, todo mi ser

está hace tiempo en tus manos.

Sí, Asuncion. Tú en mi conciencia
imperas, y en mi alvedrio
Tú, ¿Qué más?... del pecho mio
has apurado la esencia.

Por eso, mi pensamiento
tan solo en tu amor se inspira:
por tí mi aliento suspira,
y por tí tan solo aliento.

Ya, ni el rigor, ni la ausencia
de la constancia enemiga,
ni el desden que tanto obliga
del alma á la indiferencia,

Podrán nunca, esta impresion
de mi corazon borrar,
porque yo no he de mandar
jamás, en mi corazon.

Ah!... Tus ojos,... el torrente
de luz y sombra, en que bañas
tus dos inquietas pestañas
cuando miras frente á frente;

El deseido, en que mostrar
sueles, niña, el nacimiento
de tu seno, blando y lento
como una ola del mar;

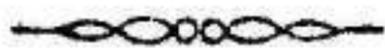
Tu sonrisa, parecida
á la risa de un lucero;
y aquel lunar hechicero
que dá á tu semblante vida,

Todo, en fin, niña, me ha hecho
de tal manera sentir,

que nunca podré eximir
esta pasión de mi pecho ..

.
¡Ah... Y en vano, en mi ansiedad
podré templar mi quebranto,
¡porque te amo tanto!... tanto!...
¡que es una bestialidad!

J. P. Tejera.



LA CUCA.

(Conclusion.)

III.

Todavía recuerdo la gacetilla que al día siguiente apareció en las columnas de un periódico neo-católico.

«Brillantes, decía, estuvieron anoche los salones del callejón del Perro.

«Cuanto encierra la población de distinguido en artes, letras, armas y hermosura, todo allí se dió cita: la señora se lució en los honores de la casa.»

No hay para qué decir que la gacetilla era obra de uno de nuestros más notables poetas.

Y ciertamente, para el curioso poco conocedor del mundo ó del idioma que hubiera asomado la cabeza por allí, la reu-

nion ofrecia un golpe de vista encantador. Habia entre los hombres, mancebos elegantes, militares de graduacion, filósofos y literatos, célebres los unos y aspirantes á la celebridad los otros: entre las damas no pocas bien vestidas, muchas agradables, algunas hermosas; en fin, ¿qué mas? hasta habia algunas hijas con madre.

Esto no quita que de vez en cuando se oyera al pasar por cerca de un grupo:

—Anda, niña, ves á ver si Fulano quiere darte una *vaca*.

—Mamá, por *ser sola* me he quedado sin nada al *tercer golpe*.

—¿Ha reparado V., doña Mónica, como *levanta muertos* la viudita?

O bien estos diálogos entre caballero y señora:

—¿Me concederá V. el honor de una polka?

—Sí, señor, pero á cambio de una *armadura*.

—Vamos, Lolita, que ya la he visto á V. acertar tres ó cuatro seguidas.

—Pues ya ve V., no tengo mas que siete pesetas.

—Picarona; eso no prueba mas sino que se va V. *al rio*.

IV.

Y todo esto mezclado con música y baile, entre parejas que desfilan por un pasillo hacia el comedor y por un gabinete hacia otro sitio que no quiero nombrar, pero donde tambien entré para cóntemplar el cuadro mas abigarrado y grotesco que pude nunca imaginarme, y que consiguió sorprenderme, á mí, que habia visitado como artista las cuevas de los gitanos en Andalucía y los bodegones de los traperos en París.

Figuraos una mesa ovalada ocupando el centro de una gran sala, y en torno de esa mesa treinta ó cuarenta personas de ambos sèxos, sentados por lo general los hombres y de pié las mujeres, salva alguna cuya belleza, ó mas bien que esto, las cantidades que apunta, la hacen acreedora á un lugar escogido.

Figuraos aquel conjunto de bocas que murmuran, de brazos que se retiran ó se adelantan, de monedas que van y vienen, de juramentos por lo bajo, de sonrisas por todo lo alto; y dominando esta especie de tempestad, donde lo que mas aterra es el silencio, una voz pausada siempre, á menudo conmovida, nunca amenazadora,

que repite cada cinco minutos: ¡Juego!

Después de esto, unos instantes de agitación; luego la calma; un poco más tarde la explosión de todas las iras, de todos los deseos, de todas las vanidades del corazón humano.

—¡Buen rey! exclama uno que fuera de allí pasa por un demagogo furioso.

—Hubiera querido ser caballo, prorrumpe otro; que por más que quiera, no puede dejar de ser burro.

—Yo llevaba medio duro á las de abajo, grita con decidido acento una joven encantadora.

—Miente V., responde con tranquilidad un honrado padre de familia.

—Hija mía, dice una mamá al oír el ruido de la disputa: no cuestiones con hombres groseros.

—A ver, pocas palabras ó le vuelvo á cualquiera un revés.

Esta insinuación restablece la tranquilidad en todos los espíritus.

Es, como si dijéramos, el *sálvese el que pueda*, que impide cuando no precipita las grandes catástrofes.

V.

Dejé la sala de juego, sofocado por aqué-

lla atmósfera, y me instalé en un sofá del gabinete. La péndola de la chimenea acababa de sonar dos veces para decirnos al oído que eran las dos de la madrugada.

Cerca de mí se hallaba sentada también una mujer elegante y no mal parecida. Yo recordaba haber visto aquella cara en otro tiempo y en otro lugar, y medité.

Durante largo rato no me atreví á creer á mis ojos. Era ella, sí, la misma que yo me figuraba. Pero ¡qué cambio! Yo la había conocido inocente y jóven, esperanza de una familia que la amaba, encanto de una sociedad que embellecía con sus atractivos. Me acuerdo de que la oí cantar *La Traviata*; de fijo no pensaba aun en representarla.

Por fin nos aproximamos, y como era de esperar, nos reconocimos. Mi amiga de la niñez había sido tres años corista, uno escaso ama de llaves de un americano sin ingenios; en la actualidad ribeteaba calzado por la mañana y zurcía voluntades por la noche. La había presentado en la reunión una que pasaba por tía suya, y á quien, sin serlo de nadie, todos llamaban del mismo modo.

Ella fué la primera que me inició en los

misterios de esa ciencia especial que se llama la *cuqueria*, y que tiene sus profesoras en todas las clases, particularmente en la siempre benemérita de las huérfanas de coroneles y viudas de jefes políticos.

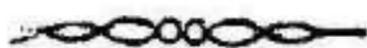
También aprendí, gracias á ella, que si algunas aplicaciones de esta ciencia no son antiguas, la primitiva ciencia lo es.

La *cuca* desciende en línea recta de la *buscona* de Quevedo, tiene muchos puntos de contacto con la *Celestina* y no pocas analogías con la *beata*.

Hay *cucas* de corazón y de cabeza: las de corazón viven poco y llegan cuando más á patronas de huéspedes; las de cabeza acostumbran á morirse muy tarde y concluyen regularmente en prestamistas. Unas y otras creen asegurado el cielo, como la Magdalena, á fuerza de haber amado mucho.

Todas suelen tener poco que perder, y sin embargo, yo he visto á una perder... diez y siete cartas seguidas de á peseta.

M. DEL PALACIO.



Solucion á la charada. inserta en el número anterior.

PA-PA.

MURCIA.—Establecimiento tip. de LA PAZ, Zoco, 5.